

Elisa Navarro y José Miguel Vicuña, ambos poetas, separados apenas por unos años de edad, padres de siete hijos, son amigos conocidos míos. Los he visto caminar desde muy jóvenes y creo siempre he creído que la poesía de verdad es el lenguaje habitual de los poetas y que si se arriba a sus grupos concordes se tiene la impresión de llegar al país nativo después de vagar entre idiomas abstractos, intocables, compartidos, la llama de mi obsesivo optimismo. Fueron mis vecinos del barrio Luchamos, en la proximidad del antiguo Pedagógico, del Club Hípico, del actual parque O'Higgins. Por esos barrios vivieron también Max Jara, Joaquín Ortega Pelech, Marcelo Segall, valiente historiador poco recordado, Antonio Dodda y, el más inolvidable de todos, Pablo Neruda, en la plenitud de su bohemia juvenil, cuando golpeaban la puerta de su cuarto frío y él imaginaba al indio venido en su ayuda, y era sólo la pobreza. Y no olvidemos que en la avenida Beauchef, a la orilla del parque O'Higgins, habitaba en dos cascos, una grande y otra más pequeña, sin interconectar, se entre montañas de libros, a pesar de ser lector infatigable, Hernán Díaz Arrieta, Alonso.

Elisa Navarro nos ha parecido siempre una mujer muy delicada y sensible, que habla menos de lo que observa y que mantiene el fuego de su lirismo con salidas a la periferia exterior adornada con sus frágiles instrumentos expresivos sin quebrantos. "Greda, greda la carne/ greda, greda la roca/ A cincel y martillo/ a láigo y escopla/ nace entre mis manos la desolada forma/ hacia los cielos, loca/ la su voz la que canta."

Elisa Navarro pudo acercarse a la antigua Sora de Ildice (1910-1971) que logró hacer oír su voz lírica por encima de sus mecánicos domésticos, pero la chilena sostiene su voz repujada en el canto antiguo, en la visión universal. Sigamos la primera estrofa de este *Solmo de Paz*: "Y vinieron mujeres desde toda la tierra/ Dejaron un instante sus cascos, sus pequeños, su quehacer cotidiano/ Vinieron con la esperanza como un sol entre sus manos/ Con el amor como guirnaldas de primaveras/ cediendo a sus vestidos/ De los valles del Asia/ del Perú con sus sierras nevadas/ de los anchos desiertos del África/ del Chile austral y sus montañas/ desde toda la tierra/ vinieron a decir una palabra/ PAZ".

¡Qué difícil asumir estos temas que necesariamente se apartan del santuario íntimo, sin caer en la metáfora, en el apogeo! Elisa Navarro alcanza la cima y si vertimos dicho hace muchos años, es acaso recordando esta estrofa de su poema *La naveira*, para nosotros toda su simbología que alo-



Matrimonio de poetas

re se nos ofrece y nos dice: "Hérido va, herido va el ciervo/ La jauría estremece, roja, el cielo/ Porque lleva la luz, hay que cogerla/ Porque no se deficiente hay que cogerla/ Cuernos de caza, antorchas/ y el boso entre las sombras".

JOSE MIGUEL VICUÑA

No todos los escritores, prosistas y poetas, han sido casados con escritores. Carecimos de experiencia en ese sentido, pero imaginamos que la poesía es más complicada que la mujer habitual, desdeñosa de la gloria efímera que se confunde con la inmortalidad; más impetuosa y sorprendente la poetisa cuando la dominan los celos o el desamor. Pero existe el riesgo de que los matrimonios ejemplares, sin posidón literaria, no sepan quién es su marido y acepten que la edad ideal del hombre es la resignada vejez, cuando algunos viejos, no todos, vitificados un sólo con sus recuerdos, se convierten en buenos samaritanos. Olvidan, por cierto, que también existen las masas, las hijas de la Memoria de los poetas, que con tanta frecuencia ignoran su condición

de tales y subsisten en los insalvables mundos imaginarios. La poesía romántica se aniquila con estos testimonios.

José Miguel Vicuña ha tenido la suerte de ser casado con una poetisa auténtica que le ha dado siete hijos, como ellos algunos brillantes escritores, y les ha dedicado hermosísimos versos. Pero vayamos al poeta en sí.

José Miguel Vicuña nació en 1920, debutó en la poesía de abogado, fiel a la tradición familiar, hijo de un grande del foro, un accionado polemista y biógrafo, don Carlos Vicuña Ventero, pero, como en el caso del mexicano y sentimental Amado Nervo, debió decir: "Y pudiendo ser rico, preferí ser poeta".

Antonio de Urdanaga en su *Atlas de la Poesía Chilena*, Santiago, 1958, transcribe este fino y gracioso poema de Vicuña, compuesto en el difícil metro heptasílabo: "Son los gallos sagrados/ los siete gallos rojos/ negros, azules, rojos/ Canan y otonocerot/ roncamente la noche. Son posachos, sus ídolos, bandorras/ sus plumas sacrificadas/ temibles, consagradas/ llevadas en las andas/ de aguaceros sombríos/ entre danzas nocturnas/ gananciales himnos/ En el fuego, es la sangre, es el vino/ Son los gallos vitalesos/ que rasgan los tejidos/ picotean las vibras/ y derraman las heces/ noche a noche entre picos/ de protervos peñones/ promoviendo en los aires/ el nombre de Sanín". Este poema pertenece al libro *De los trabajos de la noche*, Santiago, 1986.

Además, Vicuña es autor, entre otros libros, de *Isidoro de bronce*, 1951; *El hombre de Cro-Magnon se desespera*, 1958; *Poesías dispersas*, 1966; *Cantos*, 1977. Todos, libros de poesía.

El poeta Carlos Rosal Correa define así a su amigo y compañero de aventuras en el

Grupo Fuego de la Poesía: "Sensible, espiritual, entusiasmado en la vida, es un músico que crea su lenguaje con magia de comunicación y supervivencia".

Notemos Luchamos en su oportunidad porque José Miguel Vicuña obtiene, con su primer libro, el Premio Municipal de Poesía y, a pleito perdido, le otorgamos una Mención Honrosa, pero un funcionario municipal, de esos que si volaran subirían el cielo, dejó sin efecto la distinción por considerarla anti-reglamentaria.

Lo último que hemos leído de José Miguel Vicuña, lo más reciente, es su libro inédito *Elemento y Sáplica*, (1994), poesía que agradecemos. La impetuosidad oral se ha desvanecido, hasta el frecuente y anodino furor político y la inquietud económica de los versos anteriores. Evaguemos esta poesía impetuosa de hace apenas unos años, para que no aporrecamos arando en el agua. Escribe Vicuña en *Cantos*: "¿Cómo haré de los sueños/ si ellos son tu refugio cuando el trato es abismo?/ ¿Quién soy?/ ¿Quién soy? La pregunta/ fue el verbo cuyo soplo, tu barro transfigura/ Todo en ti se hace luz. Así naciste/ Sobre ti mismo te levantas/ responsable de todo lo que crece/ Das los primeros pasos/ Te has convertido en hombre".

En su libro inédito en 1994, *Elemento y Sáplica*, el encuentro clásico se ha reducido. Adán ha tomado el paso, en medio de renovadas hecatombes. El poeta intuye su propia etapa terminal y busca apoyo, quiere asirse y su fe religiosa le ofrece amparo. Su confidencia es ahora subjetiva, descaída y directa: "Esa misma, que me animó desde pequeña/ perennia en el fuego de tu espíritu fiel/ reconoces estradas veladas o heridas/ en este largo intento que nos hace sufrir/ y lloramos asnos en campos de alegría/ pues no sabemos nada de ti al de mí".

De improvviso, la angustia se manifiesta de cuerpo entero y al liberarse se convierte y escucha sin tapujos su báculo, su necesario consuelo y contrición: "Y dije que no sé qué cosa dije, 'Corazón de Jesús, en ti confío' y miré la mitad de mi agonía y no sé qué dije 'En ti confío'. Y no en ti, deudo mío, ni en mí ni en nadie ya confío. Pero confío".

La poetisa antigua que hemos citado es más arrogante y directa, no traduce la queja y desafía el miedo ancestral. El despertar de ella y de los poemas terminales es con frecuencia la gala rítmica, el compás apolíneo, mesurado, ese tono que los dilettantes llaman "aliso".

José Miguel Vicuña en su vasto ejercicio poético se aproxima de repente a la grandiosidad épica, pero dejándolo así y volamos todavía más lejos, a su éxtasis juvenil, a estos versos de amor que dedica a Elisa: "Antiguas voces llaman en tus versos divinos/ y en ti la brisa adquiere sus fragancias de huerto/ Eres la primavera y el rubor de los cielos/ Eres cristal de roca, delicada y potente/ cupulita y zapara, sonaj y transparente/ Toda la vida sea como estás hermosa/ en que marchamos/ juntos por luz y sombra/ Espino es el amor, rosa y quimera/ maternal de la vida, voz angélica".

Entre estos contrastes de luz y sombra, de crueldad y ternura, de figura y potencia, parece transcurrir la vida de los poetas, y es mejor que así sea. ●

LUIS MERINO REYES

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Matrimonio de poetas [artículo] Luis Merino Reyes

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile